

Suboficial y maestro

AL finalizar el curso académico presente (1988-89), comentaba un catedrático de Escuela Normal de Magisterio, en Madrid, que los militares que habían pasado en los últimos diez años por su centro, todos fueron suboficiales o procedentes de suboficial; lo que le hacía pensar, afirmaba, en una estrecha relación vocacional entre el maestro de escuela y el instructor de tropas. Esta declaración del profesor, tal vez formulada por su experiencia reciente, está avalada en las fuerzas armadas por una lejana tradición que bien merece recordarse siquiera sea como dato ilustrativo para las nuevas generaciones.

EL ejercicio de la enseñanza primaria en el ejército es muy antiguo, tanto como lo es la institución militar como organismo nacional de carácter permanente. Desde las reformas de Carlos III, reglamentando la vida militar por medio de unas ordenanzas completas, hasta nuestros días en que funcionan regularmente programas de extensión cultural dirigidos y desarrollados por el ministerio de Educación y Ciencia, han sido muchos los jóvenes españoles que se han favorecido de su paso por las unidades, adquiriendo unos conocimientos culturales básicos que de otra forma les hubiera sido imposible conseguir. Y el maestro, con altibajos en su protagonismo, ha sido casi siempre el suboficial, y más concretamente el sargento; sobre todo en épocas de mayor penuria educativa en el ámbito civil.

Primeras escuelas

En 1978, el pedagogo británico Joseph Lancaster creaba un método de enseñanza verdaderamente revolucionario para la época, un sistema que él denominó "Enseñanza Mutua" porque eran los ciudadanos que sabían algo, sin titulación expresa, quienes voluntariamente enseñaban a leer y escribir a sus paisanos; siendo a su vez éstos los que transmitían a otros los rudimentos aprendidos; y así, en una cadena ininterrumpida, hasta el último analfabeto del país.

En España llegó la metodología del pedagogo inglés en la segunda década del siglo XIX, tal vez introducida por la poderosa influencia política del Reino Unido en los asuntos internos del gobierno de Fernando VII, o quizá practicada ya por las tropas británicas que durante siete años permanecieron en la península como aliadas contra

Napoleón. Lo cierto es que en 1822 aparecía publicado en la Gaceta un Real Decreto por el que se creaban en las capitales de distrito militar las "Escuelas de enseñanza mutua". En estos centros, los primeros reglamentados oficialmente para uso de la tropa se debía "enseñar a leer y a escribir por el método de Lancaster". Y aquí aparece ya la figura del sargento como maestro: "deberían asistir (a las clases) un oficial, un sargento, un cabo y dos soldados". Desde ese momento comienzan a funcionar, mejor o peor, unas escuelas a las que asisten regularmente los soldados analfabetos,



Para muchos jóvenes de los últimos cien años el maestro de escuela era un personaje solo conocido por referencias ajenas.

que debían ser la mayoría, con un profesorado y un sistema didáctico más o menos unificado.

Leer en las compañías

Con altibajos en la eficacia del sistema, la enseñanza de la tropa parece que fue impartándose en las cabeceras de región en la medida que las circunstancias militares lo iban permitiendo; pero el número de analfabetos que llegaban a los cuarteles, en quintas cada vez más numerosas, exigía de alguna medida por parte del mando para extender la enseñanza más allá de las cabeceras de región; máxime cuando en todo el territorio nacional se vivía, desde 1857, una verdadera campaña educativa debida a la famosa "Ley Moyano" que hacía la enseñanza obligatoria hasta los 14 años de edad.

Fue Prim, desde el Ministerio de la Guerra, quien dictó el 11 de febrero de 1869 una orden circular haciendo extensiva la enseñanza de la tropa a toda la infantería; creaba las "Escuelas de Compañía", llevando el ya conocido método de Lancaster, hasta puntos más alejados y concretos de la gran masa de soldados sin letras que abarrotaban las unidades.

La circular de Prim hacía responsables de las clases a los sargentos, quienes además de controlar la asistencia y el orden debían ejercer como enseñantes.

La actividad escolar era, en cuanto a medios, extremadamente humilde. El general catalán dejaba bien claro que se debía "conciliar la necesidad de la instrucción con la mayor economía posible". Y así, cada día "excepto festivos y feriados", se formaba en el dormitorio un círculo de asientos con las camas alrededor de una mesa, en la que se situaba el instructor; y en cartones impresos con letras de buen tamaño, se hacía leer uno por uno a todos los educandos de la compañía durante hora y media. Pero no acababa la tarea en las "aulas", se aconsejaba de manera expresa, que además los oficiales y sargentos procurasen que el alumnado "emplee para el estudio una parte del tiempo que pasa en la ociosidad y en el fastidio de la guardia". Como se ve, dentro de la sencillez de medios, la intención era lograr el

máximo rendimiento, llevando la pizarra y los cartones hasta el mismo cuerpo de guardia.

Más allá de la cartilla

Al publicarse en 1896 el Reglamento Provisional para el Régimen Interior de los Cuerpos, se ordenaba que "en cada unidad o regimentaria" del ejército, se creasen "Escuelas de Primeras Letras" en las que además de enseñar a leer y a escribir se impartiesen también principios de aritmética, de religión y de moral.

El profesorado quedaba, como siempre, asignado a las clases de tropa, (cabos y sargentos) y la enseñanza en general sería supervisada en todos los detalles por un oficial nombrado por el Jefe Principal. Así el efecto limitativo



Los Generales Prim y Primo de Rivera fueron decisivos impulsores de la enseñanza primaria en los cuarteles.

que impusiera Prim, señalando únicamente a la infantería como beneficiaria de la enseñanza elemental, había desaparecido por hacerse extensiva a todo el ejército.

Los distintos ministros de la Guerra fueron exigentes con el funcionamiento de las escuelas de primeras letras, y entre ellos, de manera muy particular, el general Martinegui, que en 1906 fijó la plantilla del profesorado en un sargento y dos cabos por aula. Tanto unos como otros quedaban rebajados de servicios, excepto el de armas; eran pues, auténticos maestros con dedicación exclusiva, como diríamos hoy.

Pero aquellos enseñantes parece ser que utilizaban cada uno su propio "librillo", con lo que la uniformidad de programas y métodos debía dejar bastante que desear; por esto se adoptó desde 1907 un método único, y se ordenó emplear el de lectura y escritura del maestro de enseñanza primaria D. Francisco Alonso Gamo, gran pedagogo, de cuya obra es lástima no se conserve ningún ejemplar por los viejos acuartelamientos, porque duró veinte años largos; un poco menos que el de Lancaster y bastante más que otros posteriores.

Los capellanes

Ya más próximos en el tiempo, concretamente en 1916, se asignó a los capellanes de las distintas unidades



el cargo de Profesores Principales en las escuelas de cuartel "con la obligación de asistir diariamente a las clases y teniendo a sus inmediatas órdenes y como maestros auxiliares, los que se nombre entre las clases de tropa y soldados". Ahora el oficial pasaba el testigo al cura, y el sargento adquiría una nueva titularidad; aunque, eso sí, señalada expresamente como "auxiliar", un término de subordinación generosamente adjudicado a las tareas de suboficial, pero que ahora llevaba como contrapartida positiva un sustancial reconocimiento económico de su labor: Se creó para ellos la gratifica-

ción de profesorado, que en ese tiempo y para el sargento, suponía 20 pesetas al mes. Si se tiene en cuenta que el haber mensual para este empleo era de 60 pesetas, sin pago alguno a la Hacienda, una subida del 33% parece lo suficientemente sustanciosa como para despertar vocaciones pedagógicas en más de uno.

Ya por esta época la enseñanza en los cuarteles estaba homologada con la civil, y hasta se realizaban controles periódicos por parte del correspondiente ministerio. El sargento adquiría importancia como educador y su trabajo docente gozaba del resplando de las autoridades educativas. La tropa se dirigía a sus maestros en la clase por el entonces sublime tratamiento de "Don", estaban bien pagados, se les consideraba a la hora de hacer los servicios, y poco a poco fueron ascendiendo en reconocimiento social hasta llegar al ejercicio de sus funciones docentes más allá del acuartelamiento.

Monitores y maestros

Durante el período de gobierno del general D. Miguel Primo de Rivera, se llevó a cabo en toda España una vasta campaña contra el analfabetismo como no había precedentes en épocas anteriores. El resultado global, después de seis años de aplicación, fue el rebajar los índices de desescolarizados, desde un 36% en 1923 a un 26% en 1929. En el ejército, esta campaña tuvo un apreciable reflejo en la actividad docente, de tal manera que se multiplicaron las aulas dedicadas a primeras letras, se activó el control de asistencias y calificación de los individuos y aumentó considerablemente el número de profesores. Pero el reformismo de D. Miguel fue más allá de la enseñanza primaria; el general jerezano era un ferviente defensor de la gimnasia como forma positiva de cultura, y en consecuencia creó, con carácter nacional, un Comité de Cultura Física que había de llevar esta actividad a todas las escuelas públicas y privadas del país.

Esta desconocida disciplina, cultivada entonces por muy pocos y sorprendentemente oficializada de la noche a la mañana, contó en el ejército con un vivero de enseñantes perfectamente preparados. En los primeros meses del año 24 se convocaron plazas para suboficiales y sargentos con destino a cubrir vacantes de monitores de gimnasia en todas las cabezas de partido. Estos especialistas, que debían

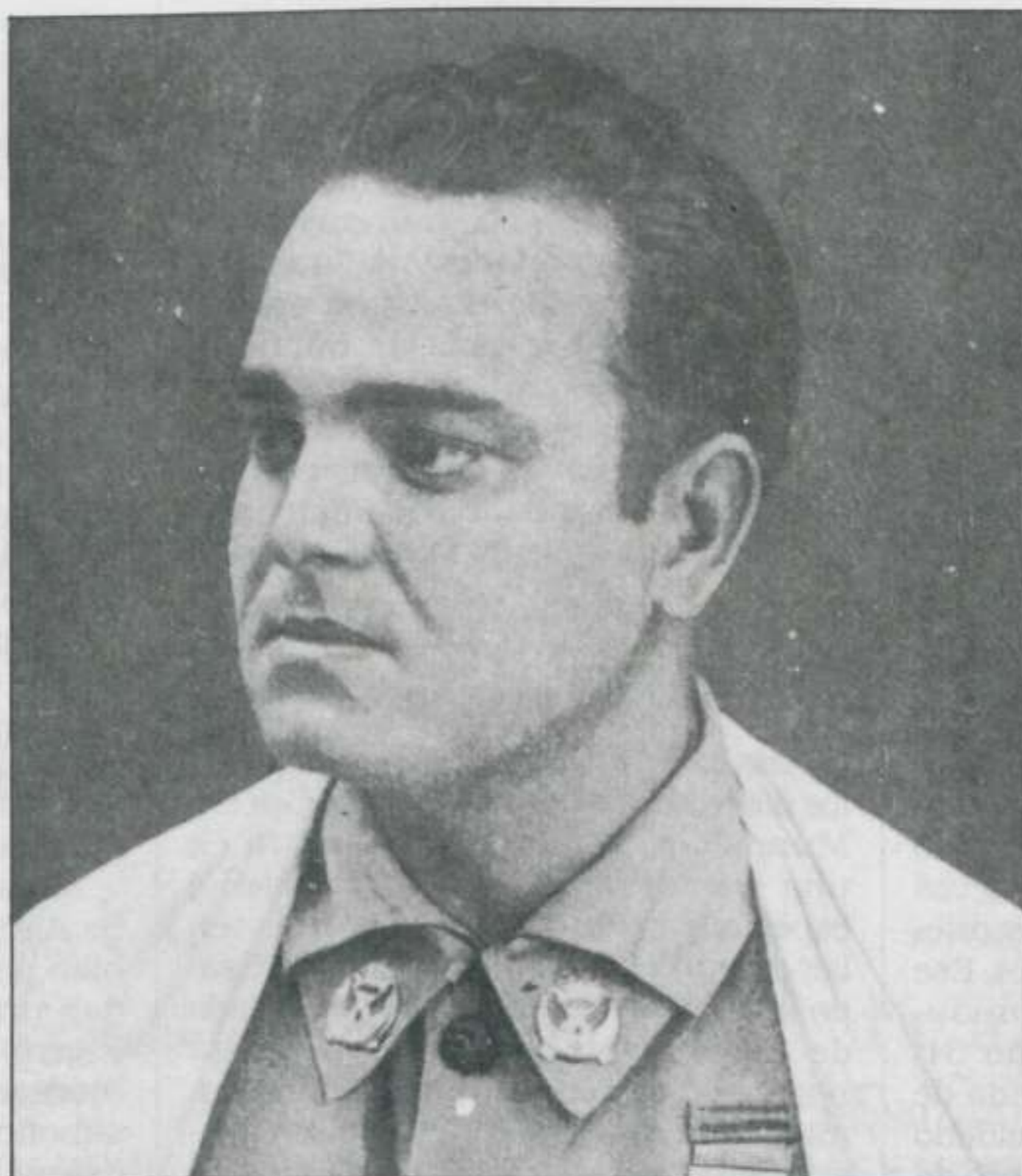


Una sólida cooperación interministerial garantiza actualmente el desarrollo de los programas de extensión cultural en las FAS.

estar titulados en la correspondiente escuela de Toledo, pasaban a la órdenes del delegado gubernativo, quien los enviaba a los distintos grupos escolares de su demarcación para impartir las clases a los niños.

Más allá de tres centenares ocuparon estas vacantes, con la gratificación de un duro al mes, más gastos de desplazamiento y manutención, que corrían a cargo del ayuntamiento respectivo.

Pero la potenciación del suboficial como enseñante no se limitó a la instrucción física; a poco de salir los primeros monitores con destino a los pueblos, una circular permitía que los sargentos veteranos, con un determinado número de años de servicio y cierto grado de instrucción, pudieran cursar estudios de Magisterio en las Escuelas Normales de cada provincia. Se les eximía del bachillerato, y les eran reconocidos a efectos profesionales los servi-



El Sargento de Regulares Manuel Herrera Talavera, escritor y maestro, representó a finales de los años 20, la imagen del militar dedicado a la enseñanza.

cios que pudieran haber prestado como maestros en las escuelas y academias militares.

Esta medida tuvo un éxito modesto, pues no todos reunían los requisitos de antigüedad y conocimientos; pero no obstante, varios dieron el salto del cuartel a la escuela después de haber cursado dos años en el correspondiente centro de enseñanza civil. El número de suboficiales y sargentos que a lo largo de la Dictadura dejaron el ejército para dedicarse a la enseñanza, de la gimnasia o la primaria, se puede estimar próximo a los quinientos; aunque hoy resulta muy difícil de precisar por falta de documentación fiable.

Sin palestra

Con la llegada al Ministerio de la Guerra de D. Manuel Azaña, todos los militares que prestaban sus servi-



El Suboficial es hoy maestro de especialidades que van más allá del ámbito militar.

cios en la administración civil regresaron en pocos meses al ejército, entre ellos los que aún quedaban en calidad de monitores de gimnasia. Pero en las Normales de Magisterio continuaron estudiando los que lo estaban por la disposición de Primo de Rivera. Así, al producirse la reducción de efectivos, que por fortuna para estos alumnos comenzó en el verano, después de acabar el curso, varios, de todas las guarniciones, se acogieron al Decreto y causaron baja en la milicia para engrosar la lista de maestros civiles procedentes de sargento.

La obra cultural de la República fue notable, se crearon las "Misiones Pedagógicas", que venían a ser una continuación de la campaña de alfabetización iniciada años atrás; pero en los cuarteles la labor del sargento como enseñante quedó reducida a su mínima expresión. Azaña había creado el Cuerpo de Suboficiales, con nuevos empleos, con nuevos cometidos y diferentes perspectivas profesionales. Ese nuevo estatus, unido al clareo producido por la "transitoria" del año 31, imprimió un giro notable a la vida de cuartel. Ahora la enseñanza del soldado se regía por otras normas y a cargo de otros hombres.

El 17 de marzo de 1932 se ordenaba "la apertura de escuelas de primeras

letras en todos los cuerpos, si no las hubiere ya" puntualizaba la disposición. En estas escuelas, las de siempre, se asignaba la dirección a un oficial "que tendrá a sus órdenes a uno o varios soldados o reclutas de servicio ordinario o reducido que posean el título de maestro o alguna carrera".

El criterio de profesionalidad impuesto por el gobierno Azaña para la enseñanza en las escuelas militares, sería seguido por los diferentes gabinetes republicanos. Un mayor índice de estudiantes y maestros entre la tropa desplazaba a los suboficiales hacia tareas específicamente castrenses.

Aulas y talleres

Pasada la Guerra Civil y rebasados los efectos más latentes de la II Guerra Mundial, el ejército español entra en una fase de lenta pero sorprendente especialización; nuevas técnicas en las comunicaciones, el uso generalizado de vehículos automóviles y la llegada de material procedente de la ayuda norteamericana, dan lugar al nacimiento de especialidades que son desarrolladas por el suboficial como operario y como instructor. De otra parte, muchas de estas técnicas trascienden al ámbito civil y es precisamente en el

ejército donde se forma a un personal cualificado que las ejerce a su licenciamiento; son los programas del P.P.O. y similares, en los que el suboficial ha ejercido como maestro de taller.

Del sargento de antaño, que enseñaba a leer y a escribir a los soldados, se ha pasado al suboficial técnico y especialista que transmite sus conocimientos a la tropa dentro de programas, que como aquéllos, van más allá de la aplicación directa en el ámbito castrense.

El nivel cultural del suboficial de hoy le viene acercando cada vez más a las aulas universitarias, y entre las carreras más precisas para su labor como guía e instructor de hombres parece destacarse la de Magisterio, un título, que si bien nunca dejó de estimarse, ahora parece contar con más interesados entre la joven suboficialidad.

El dato facilitado por el catedrático Sr. Alaez, y el conocimiento del pasado, bien podían animar al mando a recordar un poco a D. Miguel Primo de Rivera, y ayudar con algún tipo de incentivos a que un mayor número de suboficiales pudieran obtener el nobilísimo título de maestro; las Fuerzas Armadas, y la sociedad en su conjunto, percibirían con ello el más grande de los beneficios. ■